

res, oblicuando á un lado del camino, al mismo tiempo que Romero daba media vuelta y se arrojaba sobre la caballería enemiga: la hizo retroceder y la habría aniquilado, si no se hubiese replegado hasta donde estaban los cazadores de Africa y la infantería de los imperialistas.

Romero marchó entonces á Zitácuaro con los prisioneros que había hecho. Los vecinos lo recibieron con una ovación más entusiasta que nunca. Duraban aún las calurosas felicitaciones, cuando á todo escape llegaron los exploradores, avisando que el enemigo aparecía de nuevo y se aproximaba á paso veloz por el camino de la Encarnación. Sin perder un momento salieron los infantes de Bernal y los carabineros de Romero, encontrándose á poco con los imperiales en el punto llamado la Garita, inmediato al pueblo de San Francisco. Inconcebible fué la lucha que entonces se trabó; el arrojo y valor de nuestros guerrilleros, el despecho, el deseo de venganza, la confianza en la disciplina de los franceses y traidores. Pero la victoria acompañaba, con más constancia en ese día, al león de la montaña. El enemigo se pronunció en completa derrota; la dispersión fué general, el campo quedó regado de cadáveres, y un cuantioso botín complementó el triunfo de Romero. Eran las cinco de la tarde.

Ya en la noche, mientras los vecinos de Zitácuaro solemnizaban aquel memorable día en que tres veces nuestro guerrillero hizo morder el polvo á un adversario tan superior en número, los chinacos, profundamente dormidos, descansaban de sus fatigas, sin pensar que la gloria derramaba sobre ellos efluvios de su luz inmortal.

CAPÍTULO XIX.

(1864)

El Ejército del Centro.—Sucesos de Jalisco.—El desastre de Jiquilpan.—Arteaga se retira al interior de Michoacán.—Acción de Tinguindín.—Auxilio de Pueblita.—Retirada vergonzosa de los franceses al mando de De Potier.—Arteaga en Uruapan.—Expedición de Salazar.—En plena campaña de guerrillas.—La presencia del Lic. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre en el ejército liberal.—El cura Juárez de Carácuaro.—Cartas llenas de falsedades.—Actitud del imperio.—Las Cortes marciales en Michoacán.

No he seguido paso á paso la narración relativa al núcleo del Ejército del Centro, acantonado en el Sur de Jalisco, porque en mi propósito sólo cabe tomar de la historia general del país lo que tiene exacta conexión con la de Michoacán. Esto sucede ahora con los acontecimientos que se verificaron en aquel Estado en el mes de Noviembre, y que vinieron á tener un fatal desenlace en Jiquilpan. Para ello me servirá el siguiente resumen que tomo de "México á través de los siglos," capítulo XVI, lib. II, tomo V. Dice así:

"Durante aquel tiempo habían ocurrido en Jalisco graves sucesos de que pasamos á hacer un buen relato. Después de la defección de Uraga, el general Arteaga había logrado mantenerse en el Sur del Estado, sin que en la estación de las lluvias hubiese más acción notable que un encuentro en el Chiflón (9 de Agosto) donde el coronel Clinchant derrotó una fuerza republicana. El 15 de Octubre, el general Douay salió de Guadalajara marchando directamente al Sur, mientras que algunos cuerpos de imperialistas se movían á su derecha para explorar el país hasta el mar, y que Márquez, cu-

briendo su izquierda, se dirigía de Zamora por el camino de los Reyes con mil quinientos infantes, trescientos caballos y algunas piezas de artillería. Esta columna se incorporó con Douay en Zapolitic el 26, y dejando una fuerza al frente de las barrancas, en observación de los republicanos, parapetados en el lado opuesto; el general en jefe hizo un gran rodeo á la izquierda, y siguió un camino de montaña que le permitía, según las circunstancias, voltear la posición ó marchar directamente á Colima. Luego que los liberales supieron este movimiento, se retiraron precipitadamente arrojando en las barrancas sus piezas de grueso calibre, y salieron por el paso del Jabalí que rodea el volcán al Sudoeste: así fué que el 5 de Noviembre llegó Douay sin obstáculo á Colima, en donde había entrado Márquez tres días antes. El general francés dejó á sus aliados en aquella ciudad y retrocedió para emprender la persecución del enemigo que había tomado el camino de Autlán, concentrándose en seguida en Tecolotlán, y el 15 se supo con sorpresa en Guadalajara que había cortado la línea avanzada entre Cocula y Ameca y que se dirigía á marchas forzadas hacia el Este. Ya varias veces Rojas y Gutiérrez habían atacado á los destacamentos franco-mexicanos de aquel rumbo, y Rivas, jefe de Lozada, apenas pudo escapar el 7 en Ameca, merced al auxilio oportuno que le prestó el capitán Berthelin. Luego que el general Neigre, á quien había dejado Douay en Guadalajara, tuvo noticia de aquel movimiento, mandó que las fuerzas diseminadas se replegasen en Santa Ana Acatlán, y envió á apoyarlas una columna á las órdenes del coronel Lepage, el cual siguió á los republicanos que se dirigían por el lado Sur del lago de Chapala y que en su camino habían sorprendido y hecho prisionero, la noche del 16 al 17, un destacamento de ochenta franceses. Entretanto el mariscal había hecho mover rápidamente una fuerza de León sobre Jalpa, con el fin de cubrir la salida del Norte, y Douay dirigía tres destacamentos por tres caminos paralelos: el teniente coronel Cottat, que partió de Zapotlán; el coronel De Potier, que salió de Zacoalco, sobre Teocuitatlán, y el coronel Clinchant, que siguió una dirección intermedia entre De Potier y Lepage."

Hasta aquí "México á través de los siglos." Seguiré ahora otras fuentes que detallan los sucesos posteriores y rectifican uno de los comprendidos en el relato anterior.

Al pasar el ejército cerca de Jonotepec, tuvo noticia el general Arteaga de que en aquel pueblo había una fuerza de doscientos hombres de caballería de los traidores, á las órdenes de Rito Sabalsa, más de cien franceses del 81 de línea que mandaba el teniente Barbieri, y una media batería de artillería. Arteaga dispuso en el acto batir aquella fuerza. En efecto, Ornelas y Rioseco cayeron de sorpresa sobre el destacamento favorecidos por la obscuridad de la noche, y la tropa enemiga fué completamente derrotada, perdiendo más de sesenta hombres que fueron muertos en el terrible alcance que les dió el coronel Ignacio Zepeda, más los ochenta prisioneros de que ya se hizo mención, las piezas de montaña y gran cantidad de armamento.

Hacia tiempo que el general Arteaga era víctima de ataques epileptiformes que se presentaban cuando se recrudecían los males que sufría á consecuencia de las heridas que había recibido en la acción de las cumbres de Acultzingo. Al finalizar la marcha descrita, el general tuvo uno de esos ataques y fué preciso llevarlo en camilla, logrando sus amigos que se adelantara, como lo verificó, entrando á Jiquilpan á las once del día 21, escoltado por el general Cuervo y el regimiento Lanceros de Jalisco.

Algunas horas después llegó el Ejército, quedando el Cuartel General en la plaza, y por orden del segundo en jefe, general Miguel María Echegaray, se hizo el campamento de la manera siguiente: la División compuesta de fuerzas de Jalisco y San Luis Potosí que mandaba este jefe, se situó en el camino que conduce á Mazamitla, al pie de un cerro; las brigadas de caballería marcharon hasta Guaracha, distante más de dos leguas de Jiquilpan, y la cuarta División al mando del general Herrera y Cairo se alojó la mayor parte en la población y el resto en una loma inmediata que se llama la "Trasquila."

El total del Ejército era de cuatro mil plazas, poco más ó menos, y de ellos la cuarta División se componía de dos mil

hombres, incluso la brigada de caballería que, como he dicho, marchó á forrajear á Guaracha.

Toda la noche estuvo lloviendo, y en consecuencia reinaba una profunda obscuridad.

Entretanto Clinchant forzaba su marcha. Tenía á sus órdenes seiscientos zuavos, doscientos jinetes del 18 de cazadores, más de cuatrocientos contraguerrilleros mexicanos capitaneados por Remigio Tovar y Rito Sabalsa, y una sección de artillería de montaña.

En esta situación se pasó la noche, y á las cuatro de la mañana del día 22, el teniente Arcadio Ruiz Zepeda, que estaba de avanzada, oyó el ruido de una tropa que atravesaba una milpa inmediata, lo que puso en el acto en conocimiento del Mayor General Pedro Rioseco, quien inmediatamente corrió al campo de la Trasquila para detener el paso al enemigo. La fuerza de Ornelas que allí estaba, no obstante la bizarra resistencia de este jefe que se batió hasta caer muerto, se desbandó, y entonces el enemigo penetró á la plaza de Jiquilpan y sorprendió al grueso de las fuerzas que estaban acuarteladas, y que apenas dispararon unos cuantos tiros, huyendo en seguida hacia el Sur, fuera de la población.

Una circunstancia determinó el triunfo de los imperiales. Se recordará que el ejército traía los ochenta prisioneros franceses, cogidos en Jonotepec; muchos de ellos eran artilleros y estaban en el campamento de la Trasquila. Pues bien, al oír el toque de ataque de los zuavos, aquéllos se apoderaron precipitadamente de los cañones de los republicanos y comenzaron á batir á éstos, introduciendo en sus filas el más espantoso desorden. Además, en tan angustiados momentos, llegó el teniente coronel Lepage con una columna de quinientos hombres, que todavía alcanzaron á participar de la pelea.

En el combate murieron también el general Pedro Rioseco, varios oficiales y gran número de soldados. Los franceses y traidores tuvieron igualmente muchas pérdidas. Clinchant recibió una herida en una pierna, y al principio del combate le mataron el caballo que montaba.

La derrota de Jiquilpan, de que tanto alarde hacen los mi-

perialistas y sobre todo los escritores franceses, se redujo á la sorpresa dada á la cuarta División; las caballerías estuvieron fuera de los sucesos, y la División de Echeagaray, que bien pudo haber auxiliado á los de Jiquilpan, recogió dispersos y se retiró hasta llegar al lejano pueblo de Coalcomán. Allí, en un cerro, estableció su campamento, y por muchos días los soldados, sin necesidad alguna, estuvieron á la intemperie, sin haberes y con escaso rancho. Entontes crecieron las desconfianzas que se tenían de aquel jefe, se aumentó el disgusto de la tropa, la que, viendo que Echeagaray reasumía el mando del Ejército, comenzó á desertarse, acaso favorecida secretamente.

En cuanto al general Arteaga, sus ayudantes lograron llevarlo de nuevo en una camilla, aprovechándose de que los jefes Gorgonio Bustamante, Miguel Salcedo y Miguel Topete habían organizado una pequeña columna compuesta de Lanceros de Jalisco y de otros piquetes de caballería, de restos de los batallones y de la artillería y se retiraban paso á paso, batiéndose en buen orden, con el enemigo que los perseguía. Acompañado de aquellas valientes tropas, el general Arteaga se reunió en aquel día con el general Florentino Cuervo que con seiscientos caballos lo esperaba en San Antonio Guaracha.

En el mismo día, al llegar al rancho de San Juanico, se tuvo noticia de que los franceses y traidores se aproximaban á gran prisa. Arteaga mandó hacer alto y disponer la línea de batalla, cuando un nuevo ataque de epilepsia volvió á privarlo del conocimiento, siendo necesario que sus ayudantes lo pusiesen otra vez en camilla y con toda rapidez tomaran el camino de Tingüindín, escoltados por un grupo de oficiales escogidos, entre los que habían perdido su tropa en la sorpresa de la mañana. La camilla estuvo á punto de ser capturada á la salida de Tingüindín por cuarenta jinetes franceses que, sin tocar la población, avanzaban á cortar la retirada. Mas la pequeña escolta de oficiales, compuesta del comandante Guzmán, de los capitanes Felipe Montenegro, Miguel Cailer, Jesús Ornelas y Miguel Sánchez Román y los tenientes Eduardo Mendizábal, Francisco Ramírez y Arcadio Ruiz

Zepeda, sin vacilar, sin contar el número de los enemigos, se lanzaron sobre éstos, mezclándose entre ellos y peleando con verdadera furia. Les hicieron seis muertos y el resto huyó á incorporarse con la columna. De nuestros valientes, murió Sánchez Román.

Apenas acababan de pasar de este peligro, cuando otro mayor se presentó. El grueso de la tropa republicana venía en completo desorden y á carrera abierta perseguida por el enemigo. Los que han visto á una caballería sobrecogida de pánico, huyendo á todo escape, saben que es casi imposible contenerla. Guzmán y sus oficiales acometieron sin embargo la empresa. Lograron que los jinetes más avanzados hicieran alto, los reorganizaron, y con ellos contuvieron á los que venían en seguida, entretanto que la camilla proseguía su camino escoltada por el comandante Manuel García de León y ocho soldados de infantería.

La derrota de las caballerías y la de los restos de la infantería habría sido inevitable, si en aquellos momentos no se hubiese presentado un auxilio que nadie esperaba. Era el general Pueblita con quinientos hombres, infantería y caballería, procedente de Cotija. Tomó posiciones en la hacienda de Tocumbo, impidiendo el paso de la columna enemiga. La noticia de la llegada de Pueblita circuló de un extremo á otro de la línea de fugitivos. Por sí solos se reorganizaron éstos y, cubierta su retaguardia por la fuerza que acababa de llegar de refresco, continuaron su marcha, recobrada ya la moral. Los franceses y traidores, en vista de este auxilio, regresaron á Jiquilpan. Eran éstos los que formaban la columna de De Potier con el 81 de línea, fuerte en ochocientas plazas, una caballería de quinientos jinetes *mexicanos* y un escuadrón del 12 de cazadores. Desde ese día el despecho y el odio germinaron en el corazón de De Potier contra los republicanos que peleaban en Michoacán, pues tuvo que levantar ciento ochenta cadáveres de los suyos en su vuelta de Tocumbo á Jiquilpan. Ya lo veremos ejerciendo más tarde actos de salvaje barbarie y de infame venganza.

El general Arteaga llegó á los Reyes y el día 23 citó en su alojamiento (casa de D. Jesús Valladares) una junta de ho-

nor. En ella manifestó á los jefes que supuesto el desastre que acababa de sufrir el Ejército, desde aquel día variaba el plan de campaña, adoptándose el sistema de guerrillas y de pequeñas columnas móviles que obrarían sin descanso, en medio de toda clase de penalidades, principalmente de la falta de recursos; que no quería forzar la voluntad de ninguno de los generales presentes en adoptar por pura sumisión á la disciplina, este cambio de operaciones, y que en consecuencia los dejaba libres para obrar como quisiesen. Unánimemente contestaron los jefes de la junta que seguirían la suerte del general Arteaga y que estaban dispuestos á hacer la guerra de montaña en Michoacán. El general Arteaga fué abrazando á cada uno de sus fieles camaradas y se concertó la marcha á Uruapan para el día siguiente.

El día 14, el general Salazar había salido de aquella ciudad á expedicionar por el Sur del Estado en persecución de las contraguerrillas de Magdaleno del Río, José María Orozco y Camilo Pureco que amagaban constantemente las poblaciones de Ario y Tacámbaro; el general Régules recorría el interior; las fuerzas de Arias, Garnica y Ronda eran dueñas de la zona de Zacapu, Coeneo y Quiroga, y el teniente coronel Gil Abarca buscaba en la tierra caliente de Apatzingán las guerrillas de Gutiérrez y Espinosa. Se estaba en plena campaña.

Había sin embargo en la política algo que no era del agrado de los patriotas. Por aquellos días había aparecido en Uruapan el Lic. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre y había logrado insinuarse de tal modo en el ánimo de Salazar, que éste no dictaba ninguna disposición administrativa que no fuera inspirada por aquél. El Lic. D. Justo Mendoza, Secretario de Gobierno, que no veía pureza de conducta en los consejos de D. Blas, renunció la Secretaría y prefirió vivir en la miseria. Lo libertaron de ella sus amigos de Uruapan, disputándose entre sí brindarle una franca y amistosa hospitalidad.

Salazar nombró Secretario de Gobierno á D. Blas José Gutiérrez con gran disgusto del Ejército y de los pueblos, pues desde luego comenzaron las extorsiones y los préstamos for-

zosos que, como he dicho antes, sólo se imponían en casos extraordinarios.

En tal estado de cosas y hallándose Salazar en Tacámbaro, llegó á Uruapan el general D. José María Arteaga, siendo recibido con muestras de respeto y simpatía por aquel vecindario que ya tenía conocimiento de su valor, de su patriotismo y de sus virtudes cívicas desde la gloriosa revolución de Ayutla.

Acompañaban á Arteaga, como jefes de brigada, los generales Pueblita, Cuervo, Canto y Herrera y Cairo, los coroneles Galván, Zepeda, Ruiz Zuavia, tenientes coroneles Bustamante, Gómez Humarán y otros varios cuyos nombres no recuerdo. En el Estado Mayor figuraba la célebre amazona Ignacia Riechy, vestida de hombre, y que disfrutaba el empleo de comandante de escuadrón. Entre las fuerzas iba un pequeño batallón de jóvenes, alumnos del Colegio militar de Guadalajara y que fué un semillero de mártires de la libertad que regaron con su sangre el suelo de Michoacán.

De cada uno de los mencionados se hablará en estos apuntes cuando llegue la ocasión: por ahora sólo diré que en la guerra de Reforma conocimos los de Uruapan á Gómez Humarán que militaba en las fuerzas del general Juan N. Rocha; que sabía manejar la espada tan bien como la pluma, que era de un carácter alegre y decidor, pero bondadoso, patriota y entusiasta como el que más, y que había dejado en aquella tierra gratos recuerdos y numerosos amigos. Más adelante contaré de él un episodio de tristeza y desconsuelo.

El general Arteaga permaneció dos días en Uruapan, consagrado con toda actividad y acierto á la reorganización del ejército y á la acción administrativa, en la extensa zona que le estaba confiada. Nombró Secretario del Cuartel General al Lic. Justo Mendoza, cuya aptitud, patriotismo y absoluta honradez eran de todos conocidos. Después, el general se dirigió á Tacámbaro; desde ese punto hizo regresar á Jalisco la brigada de caballería, á las órdenes del general Cuervo, para que apoyara al Gobierno de aquel Estado, no quedando á su lado más que el cuerpo "Lanceros de Jalisco" mandado por el coronel Ruiz Zuavia, y el segundo escuadrón, cuyo jefe era el coronel Ignacio Zepeda.

En Tacámbaro se recibió también con mucho entusiasmo al general Arteaga, y el día 29 pasó revista á la pequeña brigada móvil de Salazar y á las fuerzas de Servín de la Mora y Maximiano Rocha. El general Pueblita fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, acéfalo desde la defección del Lic. Linares; y aunque aquel jefe rehusaba el encargo, en su parte meramente civil, Arteaga le ordenó que lo aceptara, agregando que siempre que tocara el territorio del Estado de Michoacán en la línea del Oriente, se pusiera á las órdenes del general Riva Palacio, para la mayor unidad de acción en la campaña.

Para que se conozca el carácter humilde y subordinado de Pueblita, diré que cumplió exactamente con esta prevención siempre que tuvo que tocar á Zitácuaro. Y á este propósito recuerdo el episodio siguiente:

La primera vez que Pueblita se puso en Zitácuaro á las órdenes de Riva Palacio, sucedió que un ayudante de aquél, apellidado Bustamante, sin saber estos antecedentes, vió de casualidad á Riva Palacio en su alojamiento, y como lo había conocido en México, no teniendo de él más noticia sino que era literato, lo creyó simplemente emigrado, y entabló con él la siguiente conversación:

—Chente; ¿conque vd. se salió también de México?

—¿Que quiere vd.! por no vivir entre los traidores.

—Bien hecho, bien hecho! pero ha de estar vd. en la chilla.

—Es claro, la vamos pasando como se puede.

—No se apure vd., Chente, yo tengo influencia con el general Pueblita. Le diré quién es vd., á ver si lo hace su secretario.

—¿Cuánto se lo he de agradecer á vd.!

En aquellos momentos llegó el general Pueblita, y dirigiéndose á Riva Palacio, le dijo:

—No tiene vd. novedad en la brigada.

Ambos jefes conversaron durante algunos instantes, y luego Pueblita, al despedirse, dijo á Riva Palacio:

—¿No tiene vd. nada que ordenar?

Bustamante, entretanto, abría tamaños ojos y acabó por comprenderlo todo.

El general Arteaga encomendó á Riva Palacio una expedición sobre Toluca; al general Régules, entonces en Tacámbaro, que amagara las guarniciones imperialistas de Acámbaro, Maravatio, Tajimaroa, Tuxpan y Anganguero, y á Salazar que recorriera rápidamente las poblaciones del Sur, fingiendo que su punto objetivo era un ataque á Pátzcuaro. Todos estos movimientos, operados en la dilatada extensión que se indica, tenían por mira distraer la atención de las columnas francesas que ocupaban á Jalisco, y dar tiempo para que en aquel Estado pudiese formarse de nuevo la 4.^a División, mandada por el general Herrera y Cairo, y que pudiera moverse con seguridad la que era á las órdenes de Echeagaray, quien seguía estacionado en Coalcomán y Trojes del Estado de Michoacán. Comenzaba pues á efectuarse el nuevo plan de campaña ideado por el general Arteaga.

Salazar, bajo la influencia del Lic. Blas José Gutiérrez, no veía con ojos serenos que su acción quedase limitada por la presencia del Cuartel General y que se disminuyesen sus recursos por tener que repartirse entre el personal que acompañaba al General en Jefe y el del Gobierno del Estado. Para hacer creer en la escasez de fondos, pretextó que se veía obligado á imponer préstamos, y en efecto, el secretario D. Blas José Gutiérrez expidió órdenes para que fuesen exigidos á varias poblaciones y haciendas. No se escapó á la mirada penetrante de Arteaga esta política inspirada por aquel abogado; pero aguardó prudentemente á poner más tarde un remedio radical.

Uno de los pueblos señalados para exhibir el préstamo fué Carácuaro, donde contábamos con sinceras simpatías y que era punto de tránsito en la comunicación con Huetamo y Zitácuaro. A cumplir tal encargo marchó el comisionado de Hacienda Ignacio Cerda, de cuyos apuntes me permito extractar el siguiente relato:

“Entre las instrucciones reservadas que recibí, fué una la de cargarle la mano al cura, por lo que, del préstamo de mil pesos, le expedí boleta por quinientos. Carácuaro es un pueblo muy pequeño y las rancherías de su demarcación están situadas á grandes distancias, por lo que tenía que enviar va-

rios mozos á que llevaran las boletas. El cura, luego que se vió asignado con quinientos pesos, ocurrió á mí, manifestándome que no poseía más que una casa, cuyo valor no alcanzaba á aquella suma, ni contaba con obvenciones parroquiales, sino con los insignificantes donativos de sus feligreses, pues que éstos, desde que fué su párraco el cura D. José María Morelos, estaban acostumbrados á que les administrasen gratuitamente los sacramentos: que de todos modos, la cantidad que se le pedía era excesiva, y á menos que se tratase de hostilizarlo ó de castigarlo por algó que no fuese sino una calumnia, su cuota era notoriamente injusta. Suplicó se le enseñara la lista, y al verla, dijo que había en ella varias personas cuotizadas con veinticinco pesos que no podían dar ni cinco, y otras con diez que podían dar hasta cien; que si yo le daba permiso reformaría él la lista para que diese mejor y más pronto resultado. Conociendo yo que el cura hablaba con sinceridad, lo dejé hacer: se expidieron nuevas boletas que se enviaron á los rancheros, y el resultado fué haber reunido el préstamo con toda facilidad, siendo de advertir que la cuota más alta fué la del mismo cura que enteró cuarenta pesos. De los informes que recibí en Carácuaro, vine en conocimiento de que el cura D. Donaciano Juárez era todo un patriota, y que en sus conversaciones con los feligreses maldecía la intervención francesa y protestaba contra el establecimiento del Imperio.”

Yo he transcrito el episodio que antecede, no sólo para censurar la conducta de D. Blas José Gutiérrez, sino para ratificar mis opiniones sobre que el bajo clero de Michoacán, en su mayoría, era partidario de la independencia.

De lo expuesto se ve, que si por un lado el general Arteaga imprimía actividad á la campaña, de otro el Gobierno de Salazar quería recayese sobre el Cuartel General el descontento por exacciones no acostumbradas. Confirman estas ideas los siguientes párrafos de la Historia de México por Zamacois.¹ En ellos aparecen algunas cartas que contienen falsedad sobre unos puntos y exageraciones é inexactitudes sobre

¹ Tomo 17, cap. IX.

otros, pero que en el fondo, y tratándose de aquellos días, tenían algo de verdad.

Los párrafos dicen así:

“En el Estado de Michoacán, cuyo terreno se presta extraordinariamente á la campaña de guerrillas, se habían reunido varias de otros departamentos, donde les era más fácil sostenerse. Las partidas se presentaban en los sitios menos esperados, y desaparecían en las montañas en los instantes que se movía alguna fuerza contra ellas. La inquietud en que se hallaban las cortas poblaciones y los habitantes de las haciendas, la expresaban algunos individuos de ellas en numerosas cartas que enviaban á la capital para que las publicasen los periódicos, y llegasen las noticias á conocimiento del Gobierno. Varios hacendados, afligidos por la penosa situación en que se encontraban, enviaron algunas representaciones al prefecto político de Morelia D. Antonio del Moral, para que éste las dirigiera al emperador Maximiliano. Cumpliendo con su deber obsequió el deseo de los que las enviaron, y el 21 de Noviembre dirigió las expresadas representaciones al soberano. En ellas suplicaban á éste que diese órdenes para que se hiciese una persecución activa á las partidas que con frecuencia se presentaban en sus haciendas. “Solamente á N..... decía una carta, le cuestan las visitas de las guerrillas desde el 1º al 18 de este mes, once mil doscientos cincuenta y cuatro pesos (esta era mentira que le contaban al emperador), á lo que se agrega que, no obstante lo caro que se compran algunos *salvo-conductos* para extraer frutos (no había tales salvo-conductos, pues que sólo se pagaba el derecho de extracción que estaba vigente desde antes de la guerra), las guerrillas se apoderan, cuando les hacen falta, de las mulas de los arrieros (lo mismo hacían los franceses y los traidores, para conducir los bagajes de la tropa), y no quieren éstos entrar á sacar efectos, aun cuando se les pague triple el precio del flete.”

“En otra carta decía su autor, refiriéndose á las sumas frecuentes de dinero, semillas y ganado que exigían los jefes de guerrillas republicanas para poder sostener sus fuerzas, pues carecían de otros recursos: “son increíbles los impuestos y préstamos que los disidentes han exigido y demandan cada se-

mana á las haciendas cañavereras de Tacámbaro. En veintidos días ha pagado Chupio cinco mil pesos (exageración), Pederuales ocho mil (grande exageración), y por el mismo estilo las demás fincas. Las rayas semanales se hacen con graves esfuerzos, merced á tanta exigencia. Las plantadas han héchose á medias ó tardías por falta de jornaleros, á quienes por la fuerza se hacen entrar en el servicio de las armas. Si la pacificación de ese y otros distritos del Sur se retarda, concluyen esas fuentes de riqueza pública (cómo no concluyeron en los dos años y medio que todavía después duró la guerra, es claro que no era cierto lo que aseveraba el autor de la carta, á propósito de impuestos y de préstamos). Los propietarios están huyendo, porque no siendo ya posible conseguir el dinero que se les pide, se alejan de la pena que los amaga. (Los propietarios de aquellas fincas nunca vivían en ellas, ni en tiempo de paz. Habitaban allí sólo los administradores, y aquéllos residían en Morelia.) *Se habla ahora de un decreto de Salazar que declara república el terreno que ocupa* (Ya veremos más adelante el fundamento de este extraño rumor. Lo que sigue sólo prueba la falta de criterio del autor de la carta): *prohibe, bajo pena de muerte, la comunicación con el imperio, á menos que el transeunte justifique previamente la necesidad y utilidad de su viaje, proteste regresar pronto y saque pasaporte con esas condiciones, y declara por ahora bienes nacionales la tercera parte de los frutos de los bienes raíces que ocupa la república. Hay personas que aseguran que los términos del dicho decreto, son más apremiantes.*” Todo este cúmulo de disparatadas mentiras sirvió á Bazaine para desarrollar en Michoacán el sistema del terror. “Poniendo en juego esa influencia, dice Zamacois, logró que el emperador Maximiliano le ordenase el 15 de Noviembre, por medio de una comunicación del ministro de la Guerra D. Juan Peza, que se estableciese en Morelia una corte marcial *francesa*, para que fuesen juzgados por ella los presos por robos cometidos en cuadrilla *que se hallaban en la cárcel.*” Como la disposición era preciso ponerla en conocimiento del prefecto político del Estado, que era entonces, como tengo dicho ya, el abogado D. Antonio del Moral, el expresado ministro de la Guerra le envió una comunicación en

que le decía que, con aquella fecha decía al mariscal Bazaine, comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que habiendo sabido el emperador el número de reos que existían en aquel departamento por haber cometido robos en cuadrilla, y que siendo muy urgente que se les juzgase desde luego por tales delitos, deseaba S. M. que á la mayor brevedad posible se estableciese en aquella ciudad una corte marcial francesa, y que al efecto se sirviese nombrarla, lo que tenía el honor de comunicarle para su conocimiento.

“El digno prefecto político, cuya rectitud y sentimientos humanitarios le hacían altamente apreciable, contestó con fecha 21 del mismo mes, en los siguientes términos: “De enterado; y que esta prefectura se abstiene de hacer observaciones á la disposición que se le comunica, por haberlas hecho ya directamente á S. M. en la exposición que le dirigió al efecto, en la que cree haber demostrado la inconveniencia de tales tribunales, con especialidad en este departamento.”

Lo cierto del caso es que se establecieron cortes marciales de franceses, no sólo en Morelia, sino en Zamora y Pátzcuaro, en las que los oficiales del ejército de Napoleón se convirtieron en verdugos de los patriotas mexicanos! Es patente el efecto retroactivo que se dió á tales disposiciones.

CAPITULO XX.

(1864)

La situación de Michoacán juzgada por un imperialista.—El coronel D. Ramón Méndez.—Su primera expedición sobre Tacámbaro.—Actitud de Régules ante la cual emprende Méndez su retirada.—Robo de ganado á D. Rafael Trejo.—Méndez amaga á Ario y tiene que retroceder.—Abundantes recursos de los imperialistas y miseria de los republicanos.—Movimiento general en la campaña.—Los agentes del imperio.—Pronunciamiento en Parácuaro y derrota de los pronunciados por el jefe liberal Gil Abarca.—Pronunciamiento en Uruapan.—Saqueo.—Nueva expedición de Méndez sobre Ario.—Nieves Sosa y Villafuerte.—Brillante triunfo de Salazar en Santa Clara.—La venganza de un indio.—Triunfos de Puebla en Tajimaroa y Tuxpan.—Régules en Temascaltepec.—Riva Palacio y Romero en las puertas de Toluca.—Combate en las calles de la ciudad.—Intrepidez de la Barragana.

El desastre de Jiquilpan no había hecho en Michoacán más que impulsar la actividad de los patriotas y aumentar el pánico y la desmoralización de los partidarios del imperio que vivían en Morelia. Uno de éstos escribía con fecha 9 de Diciembre: “Nada se adelanta en la pacificación del Departamento. Es una cosa muy triste, muy sensible, muy dolorosa, y del todo inexplicable por la razón, la filosofía, la política y hasta el buen sentido, que después de un año de haber sido ocupado este desventurado Departamento por las fuerzas de la intervención y del imperio, y de haber costado *tantas víctimas* y tanta sangre, haber defendido la causa del nuevo orden el 18 de Diciembre de 1863, de haber contado en todo este tiempo con tan *brillantes elementos* para establecer la paz y seguridad en su seno, estemos aún amenazados á cada momento *hasta en la seguridad de la capital* y no cuenten, no ya